

ANNA TALENS Y MAR GUERRERO. TERRITORIOS EN TRÁNSITO / SOLO DÚO: ENTRE EL FARO Y EL ABISMO

18.09.26-28.02.27

Texto curatorial. Alicia Ventura

... no existe nada, solo las sensaciones trasladadas a realidades que convergen en pensamientos, paisajes, momentos. Anna Talens y Mar Guerrero trabajan sobre lo abisal, lo inexistente, lo líquido, lo encontrado, el recuerdo, lo sugerido, lo transformado, lo viajado, lo vivido, lo soñado y la utopía. Trabajan en el territorio mar, en toda su dimensión y amplitud. Durante los pasados meses, hemos conversado sobre estos términos y leído diferentes relatos, incluso visto alguna escena de cine que nos ha invitado a reflexionar y trabajar sobre este elemento líquido y el territorio transitado.

Partimos de un lugar, de un espacio generado por luz y sombra y, después, de un faro, para poco a poco adentrarnos en lo oscuro, lo oculto, el abismo. Si buscamos referencias de estos vocablos, encontramos muchas citas literarias, novelescas, de leyendas y de cuentos. ¿Qué es el faro? La razón, la esperanza, la guía, una luz interior a veces inútil y desesperada. ¿Qué es el abismo? La muerte, el vacío, la pérdida, pero también un espacio o fuente de creación, conocimiento o revelación.

Diferentes autores nos ayudan a descifrar los amplios significados del enunciado. Charles Baudelaire, en *Las flores del mal* (1857), presenta a artistas como Rembrandt y Goya como faros que proyectan luz sobre la oscuridad del mundo. Sin embargo, la verdadera función de estos faros es revelar el abismo, pues su luz se mide y se refleja contra el oscuro océano del alma humana. Así, la luz y el abismo coexisten, y establecen una amplia gama de estratos y profundidades que es central en esta propuesta.

Friedrich Nietzsche, por su parte, ve el abismo como una metáfora de la confrontación con la verdad y la nada. Y nos advierte: «Quien con monstruos lucha debe tener cuidado de no convertirse también en monstruo. Y si miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti. (...) Hay que tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzante» (*Más allá del bien y del mal*, 1886).¹ Nietzsche transforma el abismo en una fuente de creación, sugiriendo que el faro, la estrella, nace del caos, del abismo interior. La luz no niega el abismo, sino que surge de él.

Otros autores refuerzan esta dualidad: Virginia Woolf escribe en 1927 la novela *Al faro*. Esta obra funciona como símbolo del deseo, la memoria y el paso del tiempo. Representa una meta espiritual y estética que parece siempre inalcanzable, de manera similar al horizonte que se aleja conforme nos acercamos a él. Mario Benedetti, más tarde, en 1963, en su libro *Inventario Uno*, al contrario, nos habla del faro como la persistencia del amor y la esperanza en medio de la

1. Extracto de *Más allá del bien y del mal*, de Nietzsche.

tormenta y la distancia. Estos conceptos en diálogo definen el territorio suspendido entre ambos puntos.

Estas contrariedades, pensamientos e inquietudes persisten hoy en numerosos autores y también en las artistas que protagonizan y desarrollan esta exposición, que constituye, en sí misma, un ensayo visual profundo y trascendente sobre luz y oscuridad. El mar, más que un horizonte líquido, puede entenderse como un territorio en sí mismo: un espacio donde la cartografía se disuelve y las fronteras no se trazan con líneas fijas, sino con corrientes, mareas y temporalidades. Su condición de superficie mutable lo convierte en una geografía inestable, un terreno que no se pisa, pero que sostiene la movilidad de cuerpos y memorias.

Pensar el mar como isla implica invertir la lógica habitual del paisaje. La isla no aparece solo como un fragmento rodeado de agua, sino como el negativo de esa inmensidad marina: un punto de quietud que existe por contraste con el movimiento. En esta relación, la isla se convierte en huella o interrupción dentro de una superficie continua; el mar, en cambio, deviene un archipiélago fluido en el que cada isla se presenta como una discontinuidad reveladora de su propia extensión.

La noción de morfología invertida surge al considerar el mar no como el vacío que rodea la tierra, sino como la materia principal: un cuerpo expansivo que contiene y define los fragmentos sólidos que flotan en él. En esta inversión, lo sólido se vuelve excepción y lo líquido, la regla. El mapa se subvierte: el azul deja de ser fondo para convertirse en estructura, y lo terrestre ya no ocupa el centro, sino que aparece como una mera interrupción en la vastedad.

En esta lectura, el mar se propone como territorio contemporáneo, trascendiendo su limitación a lo natural para expandirse hacia las esferas de lo político, lo histórico y lo afectivo. Es concebido como un espacio de tránsito constante, un archivo vivo de la violencia colonial y, simultáneamente, una superficie abierta para imaginar nuevas formas de habitar.

La isla, como imagen condensada de esta inversión de valores, deja de ser periferia para transformarse en un punto de partida, recordándonos que toda geografía es, en última instancia, un gesto de interpretación y de poder.

En realidad, esta es una idea profundamente arraigada en la historia. Para Ulises, el mar era mucho más que un cuerpo de agua; era el escenario fundamental de su existencia y un símbolo complejo que representaba simultáneamente el camino, la identidad y el aprendizaje.

Esta antigua concepción, que se invirtió a lo largo de los siglos privilegiando la tierra y la llegada, es rescatada por los artistas contemporáneos para volver a colocar el mar en el centro de la reflexión.

—Usted ama el mar, capitán.

—Sí, lo amo. El mar es todo. Cubre siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre nunca está solo, pues siente latir la vida a su alrededor. El mar es el vehículo de una existencia prodigiosa y sobrenatural. Es movimiento y amor, es el infinito hecho vida, como dijo uno de sus poetas. (...) El mar es la gran reserva de la naturaleza. El mundo, por así decirlo, comenzó en el mar, y quién sabe si no terminará en él. (...) ¿Cómo describir las impresiones que me dejó aquel paseo bajo las aguas? Las palabras no alcanzan a contar tales maravillas cuando incluso el pincel es incapaz de reflejar los efectos particulares del agua. ¿Cómo reproducirlos con la pluma? (...)

—Señor, ¿qué es una perla?

—Amigo Ned, para el poeta, la perla es una lágrima del mar. (...)

—¡Adiós, sol! ¡Desaparece, astro radiante! Duerme bajo este mar libre y deja que una noche de seis meses extienda sus sombras sobre mi nuevo dominio.²

Las obras de Mar Guerrero y Anna Talens se sitúan en ese umbral donde el mar se piensa no solo como naturaleza, sino como archivo de experiencias y resonancias. Mar Guerrero

2. Extracto de la novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Jules Verne.

trabaja con materiales residuales que provienen del océano —plásticos erosionados, maderas a la deriva—, que recolecta y transforma en piezas escultóricas. En sus manos, estos restos dejan de ser desechos para convertirse en testigos del tránsito, la contaminación y la resistencia. Cada objeto conserva la memoria de su viaje marino y propone una estética donde la belleza emerge de lo descartado, invitando a repensar nuestra relación con el entorno. Anna Talens, por su parte, aborda el horizonte como experiencia perceptiva y espiritual. Sus obras exploran el límite entre lo visible y lo invisible, entre lo que se expande y lo que se desvanece. En su práctica, el horizonte no es un punto de fuga, sino una presencia móvil que estructura la mirada y encarna la posibilidad de lo inalcanzable.

Ambas artistas habitan el pliegue entre lo material y lo inmaterial, entre lo terrestre y lo abisal. El mar deviene espejo y umbral: superficie de tránsito y profundidad simbólica. Frente a él, la mirada no se retrae, sino que se abre. Esta exposición invita a habitar esa ambigüedad, a reconocer en lo insondable del mar la posibilidad de imaginar nuevas formas de estar y de mirar el mundo. Lo insondable no es vacío, sino un acceso. Se abre en dos direcciones: hacia el fondo marino, con su silencio denso y su penumbra infinita, y hacia el cosmos, vasto e inabarcable, atravesado por destellos de luz.

Entre lo terrestre y lo inconmensurable, lo íntimo y lo cósmico, lo luminoso y lo oscuro, se extiende un espacio de ambigüedad donde los opuestos no se excluyen, sino que se complementan. Este pliegue, que a la vez sumerge y expande, permite que lo desconocido se vuelva campo de imaginación y tránsito. Las obras reunidas en esta exposición habitan esa tensión: evocan la profundidad y la levedad, el encierro y la apertura, el silencio y el estallido. La mirada no retrocede; se expande, reconociendo en el abismo la posibilidad de nuevos lenguajes y sensibilidades.

El sol aún no se había alzado. Sólo los leves pliegues, como los de un paño algo arrai-
gado, permitían distinguir el mar del cielo. Poco a poco, a medida que el cielo clare-
aba, se iba formando una raya oscura en el horizonte, que dividía el cielo del mar, y
en el paño gris aparecieron gruesas líneas que lo rayaban, avanzando una tras otra,
bajo la superficie, cada cual, siguiendo a la anterior, persiguiéndose una a otra, per-
petuamente.³

Naveguemos en el espacio expositivo y tomemos una dirección: podemos escoger entre salir de la luz e ir a la oscuridad, o desde la oscuridad ir hacia la luz. En todo caso, nos recibe una gran instalación de espejos, *Alba mobile*, de Anna Talens, que, a modo de faro, con su luz latente, pretende guiarnos.

Fernando Pessoa en su *Libro del desasosiego* (1982) narra: «Soy como un faro que no guía a nadie; solo me ilumino para mirar el abismo donde caen mis pensamientos»⁴. Esta pieza nos sirve de guía y luz, casi cinética, llena de sensaciones, que expulsa de sí misma y nos deja entrever una *Falsa sirena*, de Mar Guerrero, que ha trabajado con los materiales residuales que provienen de la sobreproducción alimentaria, como cáscaras de ostras y vieiras, junto con maderas recuperadas de la isla de Mallorca, que generan estos cuerpos híbridos y coloidales que funcionan como registros de materiales y sus memorias. Estas piezas se sitúan en la intersección entre lo natural y lo artificial, lo mítico y lo especulativo, explorando nuevas mitologías del mar. Unos seres que sueñan, nos vigilan y nos señalan un lugar y un recuerdo.

El trabajo artesanal subyace en toda la muestra, tanto en las piezas de Mar como en las de Anna, antiguas tradiciones traídas al presente que recuperan un hacer sin prisa donde lo manual se vuelve partitura, sobre las que ebanistas, tejedoras y trabajadores del vidrio conforman un coro que interpreta esta sinfonía llena y rica en colores, matices y texturas. Unas piezas que podrían incluso estar y situarse en pequeñas joyas que, esculpidas por las artistas, devienen en el discurso que transita toda la sala. Un ir y venir de gestos manuales que hoy en día se han hecho

3. Extracto de la novela *Las olas*, de Virginia Woolf.

4. Extracto de la novela *Libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa.

visibles en el arte contemporáneo, enriqueciendo su variado lenguaje con nuevas formas de expresión absolutamente poéticas. El ensamblaje pliega las piezas dejando ver su contenido más primigenio, más puro y desconocido.

La sala no plantea una narrativa cerrada, sino una conversación fluida entre dos maneras de habitar la materia y el vacío a través de una superficie translúcida que separa y a la vez une. El arte se convierte aquí en filtro y en umbral, una membrana sensible que permite mirar más allá, aunque ese más allá no se deje atrapar. En este tránsito entre superficie y profundidad, también se activa la memoria.

No solo la memoria personal, que aflora en imágenes y emociones al enfrentarse a lo desconocido, sino una más amplia, que conecta el cuerpo con experiencias ancestrales: el recuerdo del mar como origen. En las obras, la materia guarda huellas invisibles, rastros de lo vivido y lo soñado. Al entrar en diálogo con ellas, despiertan resonancias que parecían dormidas. La memoria se convierte así en otra capa del recorrido, un territorio tan inasible como el abismo y tan cercano como la tierra bajo los pies.

¿Qué asoma en las orillas de aguas transparentes y nos acaricia las piernas? Un catálogo de organismos, un *Bestiario del océano profundo*, de Mar Guerrero. Inspiradas en los hábitats marinos más recónditos y en los restos encontrados en la costa mallorquina, unos organismos en blanco y negro que evocan las radiografías de los cuerpos humanos, y generan un diálogo entre investigación científica, imaginación y ecología. La obra invita a reflexionar sobre la fragilidad de los entornos marinos y la extensión de la contaminación más allá de lo visible, conectando océano y cosmos en un inventario de formas y seres que habitan los espacios profundos y poco conocidos, pero que aquí están traídos para hacer visible lo oculto.

Le acompaña un gran *Amuleto corallium*, elaborado con decenas de cuentas de coral de collares antiguos, que nos recuerda la belleza y la riqueza que podrían tener nuestros fondos marinos. Una llamada a la conservación y al recuerdo de aquello que ya casi puede desaparecer para solo convertirse en un recuerdo. Anna Talens vive y trabaja entre lo táctil y lo conceptual, entre lo artesanal y lo existencial. Su trabajo indaga en la tensión entre naturaleza y arteificio, vacío y presencia, entre lo visible e invisible.

Siete cuerpos emergen del cruce entre lo orgánico y lo artificial: son los *Ensamblajes fósiles*. Cada escultura nace del encuentro entre un fragmento plástico hallado en el mar y una concha modelada en arcilla, fusionados mediante impresión 3D con filamento de espirulina. Esta alga, cultivada industrialmente a gran escala, introduce una tensión entre su origen natural y los procesos mecánicos que hoy permiten reproducirla y transformarla en materia para nuevos objetos. La obra activa una doble dicotomía: la primera, entre esta alga, que nace en artesas, ligada a prácticas manuales y ciclos vitales, y la que se produce como recurso industrial; la segunda, entre la reproducibilidad de las formas, propia de la impresión 3D, y la transformación de los elementos de la naturaleza en insumos seriados. Gracias a este ensamblaje, las piezas se funden hasta parecer organismos fósiles de un tiempo intermedio, reliquias híbridas donde la vida, el desecho y la técnica se entrelazan. Así, Mar construye un universo flotante de nuevos seres desconocidos y, quizás, inexistentes.

En el centro de la sala, una obra producida en común por ambas artistas, una especie de mesa de trabajo, una mesa arqueológica marina que recoge en los objetos el desgaste, la erosión, el roce del agua, exhibiendo fragmentos de pequeñas piezas marítimas como testimonios visibles del tránsito del océano, y, al mismo tiempo, evidenciando urgencias ambientales silenciadas de destrucción medioambiental, pero también de poética y resistencia: los residuos se convierten en esculturas y fotografías que no ocultan la ruptura, sino que la exponen como huella; que no limpian el daño, sino que lo resignifican para activar la mirada crítica. Las obras coexisten como pulsaciones que se atraen y se distancian, como fragmentos que construyen un espacio común sin renunciar a su singularidad. Un laboratorio que ambas artistas han compartido, donde se han generado multitud de tesoros, recuerdos, materiales que expulsa el mar, memorias de objetos perdidos y anhelados. Una pequeña cámara de tesoros que nos recuerda acciones de la infancia entre familias y amigos que hacían del momento de la recogida de esos objetos un

instante de sorpresa y de ilusión sobre «joyas» halladas para nuestro pequeño tesoro, que quedaba en bonitas cajas guardadas en dormitorios, y en muchos casos bajo llave. Algo íntimo y biográfico, algo personal e intransferible.

Más adelante, hemos trasladado a la sala del museo un «trocito de playa»; un fragmento de arena que la propia Anna ha tamizado para extraer objetos, restos, recuerdos y memoria del mar. Un gran *Collar de sirena* en la superficie acompaña esta orilla. Una pieza que podría haber sido el resultado artesanal de un grupo de mujeres que, al ritmo de suaves músicas y con la brisa del mar, realizan ofrendas y fiestas, liberadas de sus amarres. Junto a ella aparecen algunos objetos híbridos, ensamblajes que representan mitos y metáforas, como *La llorona*, *La alegoría de la transitoriedad*, *Territorio mar* u *Oannes nadando en el infinito*, entre otros; así como fragmentos de cristales de lámparas que viven adheridos a una viga y que nos hablan de la fragilidad de los colores vivos que habitan bajo el océano.

Mar Guerrero instala a continuación *Marsopeo*, una pieza que alude tanto al movimiento oscilante de los cetáceos como al rebote aerodinámico de los coches de Fórmula 1, estableciendo así un vínculo entre cuerpos marinos y cuerpos mecánicos. Construida con aletas de coche, estas piezas funcionan como criaturas marinas entre lo orgánico y lo artificial. Esta obra evoca la sobreproducción humana y cómo esta moldea los elementos de la naturaleza que se convierten en mecanismos a mitad de camino entre lo humano y lo animal, que saturan nuestros paisajes y, en muchos casos, las orillas y costas, y que conviven en el ser humano desde lógicas distintas. En palabras de la propia Mar: «Dialoga con la hidrodinámica de los cetáceos, diseñados para la fluidez, frente a la rigidez de los materiales humanos».

En las orillas del mar y cercanas a ellas habitaban no hace mucho arenas en movimiento que, al ser depositadas, formaban bellas dunas; una protección que el propio mar y su orilla construían como un muro que debía ser difícilmente franqueable y que las protegía del mal. Pocas de estas van quedando en nuestro Mediterráneo, pero Anna Talens nos llama a no olvidarnos de ellas con su pieza *Estratigrafía de una duna*, realizada artesanalmente con tiras de telas que van formando un horizonte entre epidermis y tierra. Estas telas, al mismo tiempo, revelan que lo aparentemente estable está en constante transformación. Trabaja con la idea de acumulación de capas, sedimentación y tiempo geológico. Anna piensa la materia como fragmentos de memoria, como un archivo que no es humano, sino natural. Una duna que registra la epidermis del tiempo, un tiempo que en algunos momentos y lugares se termina, una reflexión sobre cómo nos situamos en el mundo, especialmente en un presente marcado por crisis medioambientales, desplazamientos y cambios acelerados.

Junto a esta pieza, *Acariciar un campo peligroso, azul marino* de la misma artista, una obra que invita a ser tocada y donde lo bravo del mar se explica con cientos de agujas, mientras que la seda oscura nos habla de superficie, de un lugar aparentemente monocromo donde penetrar y bailar con el cuerpo, pero con el cuidado de un mar bravo que se nos puede llevar a lo abisal.

... la señora Ramsay no pudo por menos de exclamar: «¡Qué hermosura!». Porque tenía delante la gran bandeja de agua azul; el faro blanco, distante, austero, en el centro; y a la derecha, hasta donde llegaba la vista, desapareciendo y perdiéndose, en suaves pliegues bajos, las dunas, cubiertas de ondeantes hierbas silvestres, que siempre parecían alejarse hacia algún país lunar, desconocido de los hombres.⁵

Llegados a este punto, Mar nos presenta *Doble eclipse*, una obra con manguetas delanteras de coche que se muestran como si fueran conchas metálicas, vestigios endurecidos que evocan formas marinas. Sobre cada uno, se ensambla una pieza de vidrio soplado que encierra pelo de perro: uno blanco, otro negro. La transparencia del vidrio conserva y expone al mismo tiempo este rastro íntimo, mientras que el metal, pesado y técnico, recuerda a un organismo fósil arrancado del fondo del mar. Entre ambos elementos emerge un juego de dualidades: luz y sombra, fragilidad y dureza, lo vivo y lo mecánico. Como un eclipse doble, las dos piezas orbitan simbólicamente una alrededor de la otra. El contraste de los colores acentúa la idea de dos fuerzas

5. Extracto de la novela *Al faro*, de Virginia Woolf.

complementarias que se ocultan y se revelan, transformando materiales cotidianos en un pequeño sistema poético de atracción y misterio.

Desde aquí, la luz nos sigue guiando por la superficie y nos muestra otras falsas sirenas que asoman sobre la superficie y acompañan restos de materias que arrastra el mar. Texturas ensambladas, mezcla de colores, mezcla de restos para crear nuevos poemas.

En esta gran sala, y recorriéndola en uno de sus lados, se ve o se intuye un *Fragmento de horizonte* que nos separa de la oscuridad. Anna Talens nos dibuja, con maravillosos hilos japoneses de lámina de plata, una superficie abstracta y cinética, el comienzo de un tejido. Una tensión entre lo ideal y lo real que se siente al observarlo. No es una intervención solo visual; es también táctil, y pone énfasis en la lentitud, el cuidado, la dedicación y la tensión. Una mirada como un acto poético. Al trazar ese horizonte de manera sutil y a trazos invisibles, nos invita a pensar y habitar de otra forma mucho más romántica, añadiendo una reflexión sobre la memoria, el lugar y la luz. En otro lado de la sala, en su reflexión sobre esta línea imaginaria, se permite trazar lo imposible, un *Horizonte vertical*, resultado de separar la trama de la urdimbre de un tejido de seda. Así como en su serie *Horizontes*, donde tres paisajes se traducen a la superposición de tramas horizontales. Paisajes cinéticos en los que se vislumbra el horizonte de oro. Ese lugar donde se encuentra el cielo con el agua.

Y si has elegido este orden de itinerario, ahora te adentrarás en la profundidad del mar, allá donde el faro ya no nos ilumina. Solo nuestro pensamiento y nuestros ojos muy abiertos nos descubren poco a poco seres, criaturas, objetos y pequeñas visiones. Anna Talens nos muestra pequeñas obras sobre faros, horizontes, mapas y naufragios que nos recuerdan que encima de la oscuridad existe la luz. Sobre antiguas postales y cartas náuticas, dibuja con manchas de pan de oro o con líneas de plata, para reconstruir y unir lugares, como cicatrices temporales, haciendo de lo que brilla una metáfora del cuidado y del instante. Imágenes románticas con intervenciones contemporáneas, trazando líneas que empujan hacia un horizonte imaginado. Inspiradas en el poeta Friedrich von Schiller, evocan un final feliz y dorado. Lo roto se reconstruye, el horizonte se alcanza. Un horizonte ideal que proyectamos con la mirada, un lugar que combina esperanza, ideal y memoria. Unas postales y telas que están asentadas en el fondo del mar, quizás perdidas de un naufragio y arrastradas al fondo del mar, o que alguien perdió mientras paseaba por la orilla.

Como también perdidas y arrastradas al fondo del mar encontramos piezas de Mar Guerrero, *Materia abisal*, que no se vararon en la orilla, sino que emergieron a la superficie tras ser erosionadas por los movimientos marinos que intervienen en esculpir las y que, tras el paso del tiempo, el mar ha convertido en bellas criaturas rescatadas por la artista. Estas cápsulas translúcidas evocan organismos suspendidos en un estado intermedio, criaturas familiares e indescifrables a la vez, que parecen comunicarse entre sí desde un silencio abismal que en este espacio oscuro una pieza sonora con el mismo título busca activar.

Toda una fauna nos encontramos en este mar profundo, oscuro y misterioso: un *Pez abisal*, una pequeña *Red roja*, que Anna Talens transforma en seres vivos llenos de luz, como pequeñas instalaciones con sutiles intervenciones que requieren una mirada pausada y que la retina va aclarando.

Dibujadas con pequeñas perforaciones, Anna escribe y dibuja seres marinos, pulpos, anémonas, erizos, con colores brillantes sobre superficies planas que, sumergidas y miradas en la profundidad, nos recuerdan la riqueza del fondo de los mares y nos dan luz y alerta sobre su conservación. Delicadas y poéticas, algunas de estas criaturas se transforman conforme se pasean a su alrededor, como si de una visión submarina se tratara. Y, con los cambios de luz en la profundidad, un nuevo territorio será explorado por unos pocos y descrito siempre de forma mágica y misteriosa. Son testigos de la tensión entre lo intangible y lo material.

Aguas cósmicas es el último de los tesoros marinos que encontraremos en este espacio. Mar Guerrero nos sitúa en un lugar donde el ecosistema marino se relaciona con la observación astronómica, estableciendo así vínculos entre ciencia y ecología. Elaboradas con plásticos

procedentes del mar que la artista deposita sobre piezas modeladas en arcilla blanca a modo de esferas y semiesferas, dejando el rastro de algunos de estos residuos en su superficie, que luego digitaliza e imprime en 3D con filamento de ostra y que funcionan como fósiles o una suerte de arqueologías de futuro, que diría Daniel Birnbaum.

Pero esta muestra no quiere ser desalentadora, sino solo inspiradora y concienciadora sobre un territorio, el mar, que hay que cuidar, observar, mimar y conocer en toda su profundidad. Así cierra esta muestra la pieza de Mar Guerrero, *Donde nada lleva a nada*. Una pieza de vídeo que comienza en el mar, en el agua, y que acaba en ella. Introduce un elemento extraño, otra criatura, que activa un juego de percepciones e incertidumbres a través de la luz y el color, ya que mezcla la imagen fotográfica con el motivo fotografiado. La nada en sí misma no es así un espacio vacío, sino que vibra con posibilidades, manteniendo su universo en constante movimiento hacia fuera o hacia dentro, hacia una orilla u otra del territorio en constante tránsito.

Entre la superficie y la profundidad, entre la claridad solar y la oscuridad abisal, se despliega un territorio que no pertenece a ninguno de sus extremos, sino a su tránsito. Una experiencia perceptiva y emocional, donde el horizonte se convierte en metáfora de lo inalcanzable y lo profundo, en reflejo de lo insondable. Territorios de inaccesibilidad, de misterio, de incertidumbre.

Dos tierras que se miran sin alcanzarse, pero que se tocan en el lugar donde se encuentran sus aguas más oscuras. Dos orillas que se unen en el infinito, en la línea del horizonte. Allí donde acontece lo desconocido, desde la alegría de la orilla hasta el miedo de lo abisal. Ambas artistas, desde perspectivas distintas, abordan el territorio no solo como un espacio físico, sino como un espacio cargado de memoria, transformación y ambigüedad.

A través de sus creaciones, las obras de Mar Guerrero y Anna Talens nos invitan a repensar el mar no solo como un espacio físico, sino como un territorio expandido. Atraen al espectador a sumergirse en esa superficie mutable, proponiendo habitar el espacio de las dualidades: entre la presencia y la ausencia, la materia residual y la luz dorada, lo construido y lo marino. Nos fuerzan a reconocer una idea esencial: que lo sólido —sea una isla, un edificio o una estructura— solo existe como excepción, definido, rodeado y hecho visible por el océano mismo.

En este contexto, el horizonte deja de ser una línea lejana e inalcanzable. Se transforma en un principio de mirada, una nueva geografía y un territorio transitable que es, a la vez, poético, político y ético.

Referencias

- Benedetti, M. (2024). *Inventario - I: Poesía, 1950-1985*. Visor Libros.
Nietzsche, F. W. (2007). *Más allá del bien y del mal*. Gradifco, Buenos Aires.
Pessoa, F. (1984). *Libro del desasosiego*. Editorial Seix Barral.
Verne, J. (2006). *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Editorial Edhasa.
Woolf, V. (1999). *Al faro*. Ediciones Cátedra.
Woolf, V. (2022). *Las olas*. Editorial Alma.